



*10*

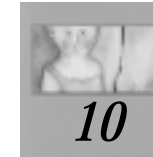
## *Manifestaciones de la violencia*

---

Francisco A. Muñoz  
Beatriz Molina Rueda

1. Las múltiples caras de la violencia; 1.1. Guerras y armamentismo; 1.2. Hambre y pobreza; 1.3. Control de la información; 1.4. La violencia política; 1.5. Violencia personal y doméstica; 2. Cómo interpretar la violencia; 2.1. La «maldad» humana; 2.2. Violencia Estructural; 2.3. Una interpretación unitaria; 3. Globalización y violencia.

## *Manifestaciones de la violencia*



Todos comprendemos algunas manifestaciones de la violencia, la propia palabra nos ayuda a identificar algunas de las situaciones que tienen lugar a nuestro alrededor. Entendemos de *violencia* porque seguramente en muchas ocasiones la hemos percibido, siendo o no actores de la misma; asimismo es posible que la hayamos sentido en alguna ocasión, como víctimas –objeto de la misma– o victimarios –sujeto de ella–. Casi con toda seguridad también la habremos evaluado y criticado con mayor o menor finura en algún momento. [V. IX. *Qué es la violencia*]

Sin duda la *violencia* es algo que preocupa a los defensores de la justicia y los derechos humanos, si ella no existiera probablemente no hablaríamos de la *Paz*. En este sentido podríamos decir que la *violencia* podría ser vivenciada como la ruptura de un «orden establecido», de una armonía preexistente, de unas condiciones de vida en las que se cifran las expectativas de existencia de la especie humana. [V. VI. *Qué son los conflictos*]

Creemos que los grados de violencia han crecido enormemente en los últimos siglos, sobre todo porque determinadas actuaciones humanas hacen que millones de personas no satisfagan sus necesidades, cuando los niveles productivos y tecnológicos lo permitirían si en los procesos de toma de decisiones se tuvieran en cuenta otros criterios. El egoísmo y la ambición desmedida, una socialización poco «humanizada», puede que estén incidiendo más de la cuenta en estos procesos.

En el *mundo moderno y contemporáneo, ante el crecimiento de las manifestaciones de la violencia*, innumerables pensadores han dedicado su atención a este fenómeno, pero fue a partir de la Primera y Segunda Guerra Mundial cuando estas preocupaciones se articularon institucionalmente en centros de investigación, y particularmente, a partir del año 1974, dentro de la *Asociación Internacional de Investigación de la Paz* (IPRA). Los trabajos desarrollados dentro de estas insti-

tuciones estuvieron centrados en un principio en la búsqueda de las circunstancias y la causas de las guerras, organización de los ejércitos, la capacidad de destrucción de los mismos, etc. [V. I.4.1. Ámbitos de preocupación]



### 1. Las múltiples caras de la violencia

Cabe suponer que la preocupación de los humanos por la violencia haya sido continua desde su aparición, como una *distorsión de las formas de vida más armónicas y deseadas*. Esta preocupación se puede ver desde las primeras obras escritas en todas las lenguas, y una buena muestra de ello puede ser la aparición del signo *Paz* como un signo omnipresente. El horizonte normativo es la *Paz* y eso desencadena la preocupación por la violencia. La forma por antonomasia de la violencia es la guerra y a ella se ha dedicado gran parte de los esfuerzos de la *Investigación para la Paz*. Pero también en este terreno los objetivos de investigación se han ampliado y hecho más complejos, abarcando desde los intentos por explicar las causas de una guerra hasta las de la violencia cultural y simbólica.



Fig. 30. Caras de la violencia

Podemos encontrar innumerables escenarios y formas de violencia, tantas como espacios de satisfacción de necesidades y como lugares donde se reparten los «satisfactores» de las mismas. Ante esta amplitud de manifestaciones, optamos aquí por centrarnos en cinco ejes de articulación de la violencia –la guerra y sus preparativos (armamentismo), el hambre y la pobreza, el control de la información, la violencia política y la personal y doméstica– que son, a nuestro juicio, bastante significativos de las dinámicas actuales de control y discriminación de los recursos planetarios y la satisfacción de las necesidades. [V. VI. *Qué son los conflictos*; Fig. 30]

#### 1.1. Guerras y armamentismo

Comencemos por la guerra. Aunque los investigadores de la *Paz* sabemos perfectamente que la mayor parte de las víctimas en la actualidad no se producen por esta causa, sin embargo la *guerra puede ser entendida como la forma más brutal de violencia*: la que permite acabar directamente con la vida de las personas. La propias guerras mundiales supusieron un hito en la gestión de la violencia ya que condujeron a la muerte de cientos de millones de personas, innumerables mutilados, destrucción de hogares, campos, infraestructuras, y, lo que es aún peor, un gasto inconmensurable de unas energías limitadas para el desarrollo humano. En la misma línea podríamos hacer un recuento de las guerras existentes en los últimos siglos y su impacto negativo, pero no es éste nuestro objetivo. [V. XI. *Ciencia, tecnología y militarismo*; Fig. 35]

Sí queremos sin embargo detenernos en un indicativo al respecto, el *armamentismo* como una realidad productiva, comercial, y como un discurso «político». Según el *Stokholm International Peace Research Institute*, en el año 2001 hubo 24 conflictos armados localizados en 22 lugares, ambas cifras son ligeramente inferiores a las de los dos años precedentes, sin embargo es en los países en desarrollo donde tiene lugar la mayor parte de los conflictos armados. En los doce años siguientes a la guerra fría (1990–2001) ha habido 57 enfrentamientos armados en 45 localizaciones. Los tres enfrentamientos interestatales fueron Iraq-Irán, India-Pakistán y Eritrea-Etiopía. Sin embargo, a partir de septiembre del año 2001 –atacado contra las Torres Gemelas– se produjo una escalada cualitativamente diferente por sus nuevas características y su dimensión global, que por el momento se salda con la intervención internacional en Afganistán y la «anunciada» y «consumada» invasión de Iraq.

Tras el declive de los años situados entre 1987 y 1998, por efecto del final de la guerra fría, la producción y venta de armas comenzó de nuevo a subir en la mayor parte del mundo. En tres años (1998-2001) el incremento ha sido del 7%. En el año 2001 unos 900.000 millones de euros, alrededor del 2,6 % del Producto Doméstico Bruto mundial, una media de unos 140 euros per capita (las inversiones en armamento alcanzan más de 2000 millones de euros al día). Esta cifras son más estremecedoras aún al comprobar que esta producción y comercio de armas genera riqueza en los países industrializados y que, por contra, las tasas porcentuales de compra son mayores en los países en desarrollo.

Cabría hacerse una primera pregunta ¿por qué se produce tanto armamento que no se utiliza? A lo que inmediatamente se podría responder por «seguridad», y esto es sin duda cierto. Pero ya que a veces nos gusta tener un pensamiento de empresario, ¿qué empresa dilapidaría todos los años cientos de millones de euros en un concepto basado en un supuesto cuyos niveles sistemáticamente no se cumplen? Además ¿no serían estas mismas empresas las que utilizarían métodos alternativos y más económicos si estos existieran? Evidentemente la línea de respuesta hay que buscarla en otro espacio. [V. V. *Ciencia y tecnología para la Paz*]

Puede que el *armamentismo* (o militarismo) sea una práctica política, una «ideología» que, ante los supuestos y renovados enemigos, *nos convence de la necesidad de una gran concentración de violencia en manos de nuestros «guardianes»*. Esta es la realidad y el peligro. Parece que estamos convencidos de que es necesario «acumular» violencia a diversas escalas (coaliciones, estados, comunidades, etc.). Se genera así una violencia institucional sobre la que apenas debatimos, que forma parte de nuestra «moderna civilización», que aceptamos y que, en muchas ocasiones, nos deslumbra y fascina con sus demostraciones y potencialidades. Un primer problema, al respecto, es que el secreto forma parte del sistema militar; la democracia, los ciudadanos, no debaten la política de «seguridad» –entendida, por otra parte, sólo en su aspecto militar y no como seguridad humana– que es gestionada por un número restringido de personas. Sin apenas control, este afán de «seguridad» pertenece a las características definitorias de los estados, de la ¿democracia? [V. XI.5. Carrera de armamentos y Seguridad Humana]

De este modo, la legitimidad democrática viene dada por la fuerza militar y desde esta perspectiva no es de extrañar que cualquier grupo humano que quiera legitimar sus aspiraciones tenga ante sí la tentación de recurrir a las armas. [V. XIV. *Poder, Política y Noviolencia*] De ello son buen ejemplo todas las

DIMENSIONES DE LA VIOLENCIA (2001)	
<b>Guerras y armamentismo</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• 24 conflictos armados localizados en 22 lugares</li> <li>• 57 enfrentamientos armados en 45 localizaciones</li> <li>• Producción y ventas de armas                             <ul style="list-style-type: none"> <li>○ 90.000 millones de euros, el 2,6% del Producto Doméstico Bruto mundial, 140 euros per capita</li> <li>○ Inversiones en armamento: 2.000 millones de euros al día</li> </ul> </li> <li>• 300.000 menores de 18 años participan en conflictos armados</li> </ul>
<b>Hambre y pobreza</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• 300.000 menores de 18 años participan en conflictos armados</li> <li>• 800 millones de personas padecen hambre e inseguridad alimentar a (al día muere entre 24.000 a 30.000 personas por inanición)</li> <li>• 1.000 millones de adultos son analfabetos</li> <li>• 500 millones de niños no van al colegio</li> <li>• 25 millones de refugiados</li> <li>• 30 millones de personas desplazadas</li> <li>• suicidio- mas de una persona cada minuto</li> </ul>
<b>Control de la información</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Cerca de la mitad de la población mundial no ha recibido nunca una llamada telefónica</li> </ul>
<b>Violencia personal o doméstica</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• 4.000 mujeres mueren todos los años como resultado de la violencia doméstica en Estados Unidos las pérdidas anuales de entre 10.000 millones a 7.000 millones de dólares</li> </ul>

Fig. 31. Dimensiones de la violencia

guerrillas contemporáneas –incluidas muchas de las que han sido calificadas en algún momento de terroristas– muchas de las cuales han conseguido sus objetivos. Las guerras contemporáneas, especialmente aquellas en las que directa o indirectamente participaba alguna de las grandes potencias, han ocupado gran parte de la bibliografía de los investigadores para la Paz. las dos

guerras mundiales, la guerra del Vietnam, la de Camboya, la de los Seis Días, la Guerra del Golfo, de Afganistán, Iraq...; una atención algo menor se ha prestado a las confrontaciones entre países «periféricos» (Irán/Iraq, India/Pakistán...), a golpes de estado (Chile, Argentina...), conflictos étnicos, guerras civiles y guerrillas (Mozambique, Angola, Ruanda, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Congo...). Demasiadas acciones armadas para asuntos que probablemente no las merecían.

En los años recientes, los genocidios en Camboya, Bosnia, Ruanda, Kosovo, Sierra Leona, Congo y Chechenia, donde se han utilizado las armas para perpetrar masacres indiscriminadas, han sido crueles manifestaciones de la sinrazón de la toma de decisiones del mundo contemporáneo. Y, en muchos casos, los gobiernos directa o indirectamente implicados no han cumplido con su obligación de prevenir los conflictos, garantizar los derechos humanos, frenar la guerra y crear condiciones permanentes de *Paz*. Así pues, podemos afirmar que, al menos en estos casos, los métodos tradicionales para la prevención del desenlace violento de los conflictos están fracasando porque éstos se desencadenan sin ningún control aparente. Esta visión probablemente cambiaría si se estudiaran con detenimiento todas las condiciones y dinámicas previas, lo que permitiría apreciar que hubo momentos en los que los acontecimientos se pudieron orientar de otra manera, pero el entramado de intereses –muchos de ellos violentos– lo impidieron. Muestra de ello son las tácticas de fuerza de las grandes potencias, sin una política de mediación a medio plazo, alejadas de una diplomacia consecuente, apoyadas en acciones militares, sanciones indiscriminadas contra toda la población y esfuerzos tardíos de mantenimiento de paz que, finalmente, se muestran –como no podía ser de otra forma– ineficaces. [V. Fig. 31]

*Las consecuencias de las guerras y el armamentismo afectan tanto a las víctimas directas como a las transformaciones importantes en la estructura social y productiva.* Pensemos, por ejemplo, en las dramáticas consecuencias del reclutamiento y utilización de niños soldados. Se calcula que en la actualidad unos 300.000 menores de 18 años participan en conflictos armados, y cientos de miles de ellos pueden ser enviados al frente de batalla en cualquier momento. Por otra parte, recuérdese que en las guerras contemporáneas la mayor parte de las víctimas (muertos, heridos, desplazados, refugiados...) son víctimas civiles, incluyendo elevados porcentajes de mujeres, niños y ancianos.

Cíclicamente estas circunstancias se nos muestran más claramente ante coyunturas, desgraciadamente de actualidad, como los atentados contra la

torres gemelas y las guerras de Afganistán e Iraq. En este caso se da una aparente paradoja: los grandes detentadores y gestores de la «violencia» se presentan como antagonistas pero también, de ambas partes, como vencedores. Así, el gobierno de Estados Unidos y sus aliados, de un lado, y los grupos terroristas, de otro, se consideran ganadores, sobre todo por causarle un gran daño e infundirle miedo al adversario, olvidando u obviando, también ambos, que se lo infunden al conjunto del planeta. La gestión del miedo, del terror, de la violencia que lo posibilita, se convierte en trascendente por encima de los intereses que dicen representar. La capacidad de atemorizar asegura la capacidad de «gestionar», con lo que habremos llegado al nivel máximo de violencia imaginable.

## 1.2. Hambre y pobreza

Otra de las manifestaciones más visibles de la violencia es la situación de pobreza, hambre, desigualdad y marginación en que vive una gran parte de la población, y que impide que las personas tengan acceso a una vida mínimamente digna. A diferencia de la *violencia directa* generada por un conflicto armado, este otro tipo de violencia no parece tener un causante directo, sino que se manifiesta sobre todo en sus consecuencias; se trata de una *violencia estructural* provocada por situaciones como la competencia desigual en el control de los recursos, los desequilibrios o intereses económicos y políticos, etc.

La pobreza (no disponer de recursos o de competencias necesarias para adquirirlos), las desigualdades en el acceso a estos recursos entre unos grupos y otros dentro de una misma comunidad y la vulnerabilidad (comportamientos de personas, estructuras y estrategias productivas e incluso las percepciones sobre sí mismo) de muchas poblaciones impiden la satisfacción de sus necesidades. Las víctimas de este tipo de violencia son, en la mayoría de los casos, por causas «estructurales», a pesar de que en muchas ocasiones esto permite ciertas eufemizaciones, en las que la responsabilidad de personas, grupos, entidades o instituciones se diluyen.

Veamos las evaluaciones que hacen investigadores, agencias de la Naciones Unidas y Organizaciones No Gubernamentales: seis millones de niños menores de cinco años mueren cada año por causas relacionadas con la desnutrición, siendo ésta la primera causa de mortalidad infantil; 800 millones de personas padecen hambre e inseguridad alimentaria (al día mueren

entre 24.000 a 30.000 personas por inanición); el número de desnutridos ha caído en los últimos 30 años: en 1970 eran cerca de 1.000 millones (uno de cada tres habitantes del planeta); en 1996 son 750 millones, el 20% de la población; 1.200 millones de personas viven con menos de un dólar al día; más de 1.000 millones de personas carecen de acceso al agua potable; más de 2.400 millones de personas no tienen un saneamiento adecuado; aproximadamente unos 1.000 millones de adultos son analfabetos funcionales, mientras unos 500 millones de niños no van al colegio. A pesar del progreso en la medicina, 22 millones de personas murieron de enfermedades prevenibles en 2001. Es decir *millones de personas sufren cada día por causas estructurales que podrían ser resueltas*.

La distribución espacial y poblacional de estas circunstancias no es del todo aleatoria: las tres cuartas partes de los desnutridos viven en zonas rurales, el resto en las zonas periféricas de las grandes urbes; 550 millones de desnutridos viven en Asia y 170 millones en África subsahariana, principales áreas de extensión de la desnutrición; África que representa en torno al 15% de la población mundial, cuenta con cerca de un 25% de los desnutridos; asimismo de los 25 millones de refugiados en el mundo y dos terceras partes de los 30 millones de personas desplazadas en el mundo se encuentran en este continente. Se pueden hacer diversas interpretaciones de las cifras, pero todas ellas demuestran cómo existe una distribución desigual que siempre es sufrida por los mismos grupos de población, los más desfavorecidos.

Se sabe, sin embargo, que con el gasto que se dedica a armamento se podrían subsanar muchos de estos problemas. De igual modo, sabemos que si la riqueza estuviera repartida con criterios más justos cada ser humano dispondría sobradamente de los alimentos necesarios. Se trata, por tanto, de un problema que sería subsanable si la toma de decisiones fuera más humanamente responsable y adecuada.

Las consecuencias del hambre, la pobreza, la marginación, pueden afectar a la satisfacción de necesidades de la vida humana, no solamente físicas (comida, vestido, alojamiento...) sino también sociales y psicológicas (relaciones, autoestima, creatividad, educación...) Por ejemplo, recientemente la OMS ha dado a conocer que la principal fuente de muerte violenta es el suicidio –más de una persona cada minuto– ¿Cómo interpretar esto? Sin duda la decisión personal no debe ser explicada solamente desde esta escala individual, sino que la vulnerabilidad de estas personas puede que este íntimamente relacionada con las expectativas sociales de vida.

### 1.3. Control de la información

Detengámonos en otro aspecto, relativamente nuevo, de la violencia: el control y la concentración de la información, claramente apreciable en la lucha por el control de los medios de comunicación y la compañías multimedia. Las nuevas tecnologías de la información, de las que internet aparece como el mejor representante, facilitan sin duda el acceso a datos que después se convierten en trascendentes para la toma de decisiones en las relaciones internacionales, bolsa, negocios, prevención de climatología, de catástrofes, etc. Sin embargo el acceso a esta información está totalmente discriminado, en cuanto formación y alfabetización de la población (cerca de la mitad de la población mundial no ha recibido nunca una llamada telefónica), infraestructura (poblaciones sin electricidad), equipos, lengua de uso de la misma (alrededor del 80% en inglés), y contenidos de la información (en su mayoría al servicio del primer mundo)

Sabemos, por otra parte, que *los medios de comunicación tienen un importante papel en la modulación de ideas y comportamientos de los ciudadanos*, en la formación de imágenes que acaban configurando determinadas actitudes. Hoy día el poder de los medios es más evidente y universal que nunca, lo que podría suponer una gran ventaja para la intercomunicación y el conocimiento. Sin embargo, es un hecho que el tratamiento mediático de determinadas cuestiones contribuye con mucha frecuencia al control del pensamiento de la población; dirigidos por grupos de poder que obedecen a unos intereses concretos, manipulan el lenguaje y difunden mensajes e ideas sesgados, controlando y violentando de este modo la libertad de pensamiento. En definitiva, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que pueden ser vías privilegiadas para la transmisión de los valores de la Paz, la solidaridad y la multiculturalidad, a veces son también vehículos para la desinformación, la manipulación y la transmisión y justificación de ideas violentas y discriminatorias.

La concentración de grupos de prensa, o multimedia, se hace, en gran medida, desde la lógica de la rentabilidad industrial, lo que supone fuertes inversiones iniciales y a partir de ahí se intenta rebajar los costes, por lo que desaparecen medios independientemente de su interés cultural o social. Al final del proceso se pierden manifestaciones culturales, espacios y libertad de expresión y pluralismo. Finalmente la concentración de la información, además de convertirse en un peligro para la diversidad, favorece la toma decisio-

nes rápida y acertada en un mundo «globalizado» en el que la precisión y la rapidez determinan los acontecimientos.

Pero el control de la información no se limita a los anteriores aspectos, sino que abarca además otros como el uso restringido de descubrimientos científicos que deberían ser patrimonio de todo el planeta y de cuyos resultados se beneficia sólo una pequeña parte. Así por ejemplo, en la actualidad se patentan el uso terapéutico de plantas usadas milenariamente por indígenas de diversas partes del globo, lo que no podría ser tildado de otra forma que de robo del patrimonio cultural. Igualmente se privatizan y manipulan las semillas de las que depende la alimentación de miles de personas. Hasta el genoma humano –¿habrá algo más público y universal que tales códigos?– es objeto de inversión y negocios. Así hasta cualquier cosa imaginable de lo que nos rodea que en cualquier momento puede privatizarse y estar sujeto a las leyes de los mercados y no las de la necesidad.

#### 1.4. La violencia política

Frente a otras formas de acción política, la violencia política se caracteriza por la utilización de la fuerza, es decir la *utilización de este medio para quebrantar la voluntad de los representantes* de un forma dada de gobierno, así como de la representación u organización social, de tal manera que se subvierten sus deseos e intenciones. Por esta razón la acción política debe ser entendida como un instrumento de orden y cambio social que podría ser utilizado tanto por los que detentan el poder como los que aspiran a poseerlo. Se trataría de conseguir que se haga algo que, de otra manera, nunca se llevaría a cabo; por lo tanto puede convertirse en un medio de poder coactivo que es utilizado para perpetuar, sostener o modificar un espacio de poder no controlado, como medio de sustentación o modificación del ordenamiento social. [V. XIV. *Poder, Política y Noviolencia*]

La violencia política ha sido utilizada por grupos emergentes para el cambio social, aunque esto no significa que cualquier movimiento social recurra necesariamente a ella. En muchos momentos se ha pensado que la violencia es el único camino posible para luchar contra las injusticias, como es el caso de los movimientos revolucionarios; es éste un camino en el que paradójicamente coinciden los que detentan el poder injustamente y los insurgentes contra él. Nosotros pensamos, por el contrario, que existen alternativas en las que el uso de la violencia no es necesario ni imprescindible, tal como queda

claro en otros apartados de este libro. [V. XII. *Principios y argumentos de la noviolencia*]

En general podríamos decir que existen tres formas de violencia política: la «violencia de Estado», es decir la ejercida por los estados sobre los ciudadanos. Se trataría en este caso de acciones deslegitimadoras de los estados, o cualquiera de las instituciones por ellos albergadas, bien sean intra o inter estatales. En este sentido, muchos estados modernos y contemporáneos llegan a regular el uso de la violencia, legitimando el uso de sus objetivos, acciones e instituciones, hasta tal punto que uno de los rasgos distintivos de las naciones estados es el uso de la fuerza, llegando a convertirse las exhibiciones de «fuerza» de sus efectivos en un elemento de prestigio de las instituciones que las detentan. El segundo tipo es aquel en que un grupo de ciudadanos organizados realizan actos contra el Estado, tales como acciones revolucionarias, guerrillas y actos terroristas. Por último, una tercera forma de violencia política es la que ejercen unos ciudadanos contra otros en un proceso de enfrentamiento civil por un modelo de Estado, como es el caso de las guerras civiles. Según lo anterior, quedaría excluida del marco de la violencia política la que, siendo ejercida para con uno por el Estado democrático, es consentida. [V. XIV.1. *Las fuentes del poder*]

#### 1.5. Violencia personal y doméstica

Existen otras muchas formas de violencia: ocupaciones extranjeras, el tráfico ilícito de drogas, la delincuencia organizada, la corrupción, los desastres naturales, el tráfico ilícito de armas, el tráfico de seres humanos, el terrorismo, la intolerancia y la incitación al odio racial, étnico, religioso o de otra índole, la xenofobia y las enfermedades endémicas, transmisibles y crónicas..., y podrían añadirse muchas otras. Pero no es nuestra intención elaborar aquí un catálogo de ellas, tan sólo recordar su existencia y llamar la atención sobre sus dimensiones y la necesidad de su erradicación. Queremos, no obstante, destacar un tipo de violencia que, por diversas circunstancias, parece adquirir hoy día una importante dimensión, nos referimos a la violencia personal y doméstica.

La violencia doméstica es cualquier situación de coerción psicológica, económica, sexual o física dentro de una relación íntima en la cual intencionadamente se intente causar daño o controlar la conducta de una persona. Por tanto debe quedar claro que no significa solamente agresión física sino tam-

bién agresión verbal, maltrato psicológico, relaciones sexuales no deseadas, destrucción de la propiedad, control del acceso al dinero, aislamiento social, amenazas o intimidación a otros miembros de la familia, limitaciones en el desarrollo laboral, etc. [V. III. *Una Paz femenina*]

Este tipo de situaciones, que hasta hace unas pocas décadas permanecían ocultas en el terreno de lo «privado», se han convertido en la mayor causa de lesiones entre las mujeres, lo que queda claramente de manifiesto en los países en que existen estadísticas al respecto. Así por ejemplo, el abuso físico es la mayor causa de lesiones entre las mujeres en los Estados Unidos, siendo responsable de mayor número de lesiones y muertes que la combinación de todos los accidentes automovilísticos, ataques callejeros y violaciones. Casi 4000 mujeres mueren todos los años como resultado de la violencia doméstica.

Además, en los hogares disfuncionales en los cuales un cónyuge maltrata al otro, es común también el maltrato a los niños, el cual no sólo consiste en agredirlos físicamente, sino también en gritarles, menospreciarlos, castigarlos excesivamente o negarles la atención, la aceptación y el amor que son tan imprescindibles para su desarrollo emocional y social. También es un acto de violencia, en el caso de los padres divorciados, el hablar mal del ex-cónyuge delante de los hijos o utilizarlos para hacerle daño al otro.

Pero los efectos de este tipo de violencia –más inmediatamente visibles en la mujer– trascienden el daño físico personal generando otra serie de secuelas: gastos en salud, absentismo laboral, disminución de ingresos para el grupo familiar, etc. Todo ello, sin embargo, constituye apenas la punta del iceberg frente al costo que este problema tiene para los países, como el impacto global en sus sistemas de salud, aparatos policiales y régimen judicial. Diversos informes realizados en Canadá y Estados Unidos –países situados en los primeros puestos del Índice de Desarrollo Humano– señalan cómo, además del sufrimiento, los gastos públicos generados por esta violencia son muy elevados: por ejemplo, un informe realizado en Canadá revela que este tipo de violencia causa un gasto de unos 1.600 millones de dólares anuales, incluyendo la atención médica de las víctimas y las pérdidas de productividad. En Estados Unidos, diversos estudios determinaron pérdidas anuales de entre 10.000 millones y 7.000 millones de dólares por las mismas razones. Asimismo, un estudio del Banco Mundial, ponía de manifiesto que uno de cada cinco días laborables que pierden las mujeres por razones de salud es el resultado de problemas relacionados con la violencia doméstica.

Hay que señalar, por último, que la violencia doméstica atraviesa las fronteras de los países y los grupos sociales, no es privativa de la gente con bajo nivel económico o cultural o de personas de determinada raza o etnia, sino que está arraigada en toda la sociedad, siendo los casos de violencia doméstica o intrafamiliar abundantes. Es algo que puede sucederle, y de hecho a veces les sucede, a personas de cualquier estatus social, hasta el punto de que algunos estudiosos de la materia consideran que la violencia doméstica es una enfermedad psicológica que debe ser tratada.



## 2. *Cómo interpretar la violencia*

Como se puede apreciar, son tantas las manifestaciones de la violencia que la simple mirada hacia ellas puede perturbar nuestra comprensión y nuestras conciencias. Estas razones hacen aún más recomendable la búsqueda de interpretaciones de sus motivaciones y causas. Muchos investigadores han contribuido a interpretar la *violencia* –y la *Paz*– en relación con las posibilidades potenciales (somáticas y mentales) de los seres humanos, lo que también se puede traducir en clave de satisfacción o no de las necesidades en los niveles socialmente posibles en cada momento. En consecuencia, una definición genérica de la violencia podría corresponderse a todo aquello que, siendo evitable, impide, obstaculiza o no facilita el *desarrollo humano*. [V. IX.1. Definición(es) de la violencia; Fig. 26]

Tal vez la primera evidencia es que tenemos una palabra –violencia– que nos ayuda a definir y agrupar determinadas acciones humanas, individuales, grupales o colectivas. Unas prácticas sobre las cuales parece que, en la mayoría de los pueblos y comunidades, existen normas que establecen una valoración negativa de la misma: la *violencia* siempre comporta una acción reprochable, algo que no concuerda con los valores que profesamos. Sin embargo, si intentáramos precisar algo más nos encontraríamos con serias dificultades porque las apreciaciones al respecto serían muy variadas, más aún si lo hacemos desde una perspectiva científica. En este contexto la *violencia* se ha convertido a lo largo de las últimas décadas en un objeto central de la *Investigación para la Paz*, preocupada por conocerla mejor para hacerla desaparecer o, al menos, reducir al máximo su incidencia.

Aunque en algunas ocasiones el concepto de *violencia* sea muy claro de aplicar y delimitar, en otras puede resultar confuso e inapropiado, debido

también a que evoluciona y se transmuta con las sociedades humanas y las culturas. Lo que en un determinado espacio social es violencia en otro no lo es, y viceversa, ¿cómo discriminar entonces? En la investigación sobre esta problemática tampoco estamos en el punto cero: tal como ocurre con otros aspectos del comportamiento humano, podríamos decir que tenemos un núcleo central analítico relativamente claro pero que los bordes son cambiantes y confusos –lo cual evidentemente afecta al núcleo–.

De otro lado, toda la reflexión acumulada sobre la violencia y su control nos permiten entender que ésta es una actividad «profundamente humana», es decir «inventada» y desarrollada por los seres humanos como una capacidad de la que se obtienen determinados beneficios, aunque estos sean parciales o sólo ligados a intereses coyunturales de determinados individuos o grupos [V. IX.4.3. La violencia como una realidad «creada»; Fig. 32]

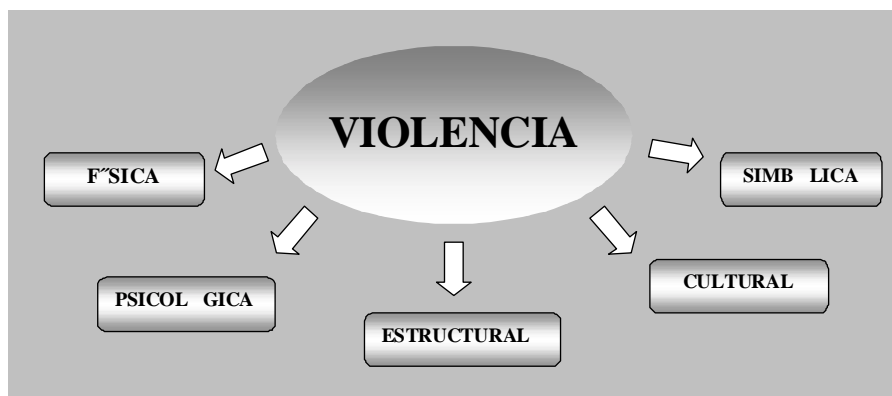


Fig. 32. Formas de la violencia

## 2.1. La «maldad» humana

Los «tópicos» sobre los que se asienta la violencia han sido debatidos hasta la saciedad, de modo que continuamente se han repetido ideas que han acabado por convertirse en verdades no demostradas y en obstáculos para una mayor comprensión de la misma. Quizás el tópico más divulgado haya sido pensar que «el hombre es un ser violento por naturaleza», lo que, además de justificar, sin más, todas las acciones violentas, soporta gruesas imprecisiones,

tantas que obligó a reaccionar a investigadores e intelectuales. La propia Unesco celebró, en noviembre de 1989, una reunión interdisciplinaria de científicos relacionados con el estudio de la violencia, donde redactó el llamado *Manifiesto de Sevilla* en el que se enunciaban los siguientes postulados: la violencia no está genéticamente determinada; no es heredada por el ser humano de su pasado animal; en el proceso de la evolución no ha habido una selección mayor hacia un comportamiento violento que hacia otros tipos de comportamiento; no está en la cabeza; no es hereditaria. [V. VI. *Qué son los conflictos*]

*Como conclusión proclamamos que la biología no condena a la humanidad a la guerra, al contrario, que la humanidad puede liberarse de una visión pesimista traída por la biología y, una vez recuperada su confianza, emprender, en este Año Internacional de la Paz y en los años venideros, las transformaciones necesarias de nuestras sociedades. Aunque esta aplicación depende principalmente de la responsabilidad colectiva, debe basarse también en la conciencia de individuos, cuyo optimismo o pesimismo son factores esenciales. Así como «las guerras empiezan en el alma de los hombres», la paz también encuentra su origen en nuestra alma. La misma especie que ha inventado la guerra también es capaz de inventar la paz. La responsabilidad incumbe a cada uno de nosotros. (Manifiesto de Sevilla, Difundido por decisión de la Conferencia general de la UNESCO en su vigésimo quinta sesión. París, Francia, el 16 de noviembre de 1989)*

Propuestas primigenias en este sentido son las de muchas religiones en las que, sin duda con una buena intención filantrópica, se muestra al «espíritu» humano como el ámbito de donde surgen las proposiciones violentas. Diversas tradiciones culturales y religiosas –y en nuestro ambiente cultural el judeo-cristianismo en particular– apoyan esta interpretación que termina por identificar una naturaleza humana perversa [V. IV. *Culturas, Religiones y Paz*]

La teoría general de la violencia vendría dada por este presupuesto, basado en modelos antropológicos negativos, que en definitiva consideran que todos los actos de violencia son causados por esta alma-naturaleza. Uno de sus más claros representantes fue Thomas Hobbes cuyas propuestas conservan actualidad y vigencia «científica» desde el siglo XVII. En su opinión, los principios de la competencia, la desconfianza y el deseo de fama hacen que la especie humana tenga fundamentalmente una conducta antisocial –*homo homini lupus, bellum omnium contra omnes*–. Su propuesta del *contrato social* representa el acuerdo para no aniquilarse mutuamente ante la peligrosidad de las condiciones de partida. Otras teorías científicas como el individualismo y el libre mercado, el

«evolucionismo» y la premisa de «lucha de las especies» de Darwin, o el «materialismo histórico» y la «lucha de clases», han servido para sustentar la idea de que los entes humanos están en continua lucha violenta en el desarrollo de su historia y sus vidas. Hasta el punto de que para muchas escuelas sociales éste es un presupuesto paradigmático sobre el que basan muchas de sus teorías e investigaciones.

Una primera aproximación a la violencia es que se trata de un fenómeno natural, esto quiere decir que está en los genes, que es inamovible. Esta puede que sea una de las interpretaciones más extendidas no sólo en el conocimiento popular sino también entre los especialistas. Hay un espacio de separación muy tenue entre lo que puede ser una predisposición –potenciada o no por las circunstancias de vida y la cultura– y una condición genética insoslayable –en cualquier caso frenada también por la cultura– que en cualquier momento puede dispararse. Pero las consecuencias de una u otra línea de interpretación tienen unas repercusiones enormes puestas de manifiesto en teorías más o menos clásicas y en proyectos y prácticas sociales. [V. VI. *Qué son los conflictos*]

En el mismo sentido, no debemos caer en la ingenuidad de creer que el conocimiento de la violencia está en los límites establecidos por la cultura donde nos situamos y no ser capaces de admitir otros usos y conocimientos de grupos y comunidades con las que tenemos poco contacto.

Las manifestaciones de la violencia cambian, y lo hacen dependiendo de los escenarios, y de las circunstancias sociales ya sean culturales, económicos y políticos. El paso del tiempo, no siempre unívoco ni unilineal, ha supuesto que la violencia se articule de formas diversas, que aparezcan nuevas expresiones, que se consoliden algunas de ellas y que sus fenómenos se hagan más complejos. Todo parece indicar que el reconocimiento de la violencia depende tanto de realidades mesurables, objetivables, como de la valoración que hagamos de los actos. El recurso final por el cual determinamos si una situación de conflicto se regula, transforma o gestiona con violencia son las normas, los valores que aporta cada cultura al respecto. Y, en consecuencia, estamos ante un debate antropológico y si queremos, como antes dijimos, ontológico, en el cual habrá que contextualizar, identificar –también en su caso evaluar– los presupuestos culturales en los cuales se inserta lo que pretendemos investigar.

Hablando de *violencia* debemos suponer que los que la practican deben tener mayor conocimiento de sus causas, más aún si son especialistas de la misma. Nos referimos a militares, guerrilleros, mafiosos, extorsionadores y explotadores de diverso tipo, dictadores, etc., a pesar de que los móviles

morales sean distintos, su conocimiento de la violencia debe de ser profundo y, sin duda, de ellos hay que «aprender». Es decir, puede que los grupos promotores de la violencia si tengan muchas explicaciones de por qué la promueven y gestionan, pero obviamente no existe comunicación directa con los que desde otro punto de vista intentamos comprenderla y, tal vez frenarla.

El concepto de *violencia* intenta abarcar y explicar todas estas tendencias autodestructivas de la especie y, si hacemos un balance de los cambios producidos al respecto en los dos últimos siglos, podríamos llegar a concluir que vivimos en el momento más violento de la historia de la humanidad. Bien es cierto que, a pesar de todo, la mayor parte de los conflictos se regulan pacíficamente –esto también forma parte del «éxito» de la especie, pero esto no es lo que ahora mismo debatimos a pesar de su importancia. Hay un cierto correlato entre el «progreso» de la violencia y el desarrollo de teorías explicativas de la misma. Aunque –y como consecuencia del propio proceso– también hay cierto desfase de la teoría con respecto a la práctica, ya que esta última avanza y después se intenta explicar sus razones.

De esta manera se podría llegar a lo que llamamos «síndrome gnoseológico de la bomba» según el cual tras la explosión de una bomba, más allá de las víctimas que causa y la destrucción de bienes, su onda «expansiva» tiene un gran alcance sobre la conciencia de las personas que de una u otra forma perciben su existencia. Utilizamos el símil de la bomba porque ésta representa quizás el artefacto tecnológico con mayor capacidad destructiva, pero podríamos recurrir a cualquier otra acción violenta para explicar cómo cualquier acto de violencia resulta ampliado y magnificado muy por encima de sus propias dimensiones reales. La turbación, el miedo, el pavor que produce, no sólo causan gran preocupación sino que también debilitan o anulan otras circunstancias o actividades cercanas o coetáneas. La consecuencia final de esta expansión es que *la carga simbólica de la bomba* causa una destrucción superior a la que tecnológicamente almacena, ya que deforma, *inmoviliza anula o aniquila formas de acción y pensamiento alternativas a la propia violencia*.

## 2.2. Violencia Estructural

Diversas explicaciones han relacionado continuamente *conflictos* y *violencia*, aunque desde distintos puntos de vista. De un lado se han identificado como palabras intercambiables sin más y, de otro, un poco más afinadamente, se ha pensado que la violencia son conflictos que no se han sabido gestionar o

transformar de otra manera. El conflicto no es negativo sino, en su caso, su gestión. Sin embargo en este mismo camino se ha ido abriendo paulatinamente el significado práctico, conceptual y epistemológico del conflicto y esto termina, finalmente, por afectar a las explicaciones sobre la violencia. [V. VI. *Qué son los conflictos*]

Johan Galtung, *probablemente* el investigador para la Paz que más ha contribuido a difundir esta disciplina, también ha ayudado a discernir sobre los problemas de la violencia. Para él *la violencia está presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones efectivas, somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales*. La definición de estas «realizaciones potenciales» ha sido uno de los ejes de debate que ha conectado con las diversas teorías de las necesidades que, a pesar de su significación, no podemos abordar ahora. Este investigador formuló, a finales de los sesenta, varias distinciones para ver cuáles son las dimensiones de la violencia: distinguió entre violencia física y psicológica; enfoque positivo y negativo sobre la misma; existencia o no de objeto receptor del daño; existencia o no de un sujeto actuante; deliberada o no; manifiesta o latente. Sus propuestas de interpretación de la violencia se han sucedido a lo largo de los años y han permitido tener una perspectiva más cualificada al respecto. Para él era *indispensable una concepción amplia de la violencia*, que no debiera limitarse a una lista de cosas indeseables, sino que debería de ser lógica,.

En todas estas formulaciones estaba presente el concepto de *violencia directa* con el que se interpretaría posteriormente aquellas circunstancias en las que los actores de la violencia y los receptores de la misma se relacionaban directamente; una acción que causa un daño directo sobre el (los) sujeto(s) destinatario(s), sin que haya apenas mediaciones que se interpongan entre el inicio y el destino de la misma.

Con el desarrollo de los estudios sobre la violencia se ha llegado a descubrir su carácter multifacético y su presencia en diversas escalas y ámbitos: guerras, constante y cotidianamente; en la economía (falta de recursos, explotación, discriminaciones, marginación), en la política (el dominio de uno o varios partidos, el poder del jefe, el totalitarismo, la exclusión de los ciudadanos en la toma de decisiones, la revolución, la lucha armada por el poder, etc.); en la ideología (subordinación de la información a intereses ajenos a la «verdad», manipulación de la opinión pública, propaganda de conceptos de trasfondo violento y discriminador, etc.); en la familia (autoritarismo, discriminación de la mujer, subordinación de los hijos, etc.); en la enseñanza (pedago-

gías no liberalizadoras, autoritarismos, castigos corporales, intransigencias, desobediencia injustificada, etc.); en el ejército (autoritarismo, obediencia irreflexiva de soldados, castigos, fuerte jerarquización, etc.); en la cultura (etnocentrismo, acismo, xenofobia, androcentrismo, consumismo, etc.).

La *Investigación para la Paz* ha utilizado en este sentido el concepto de *violencia estructural*: aquella que se produce a través de mediaciones institucionales o «estructurales» y que se identifica también con la *injusticia social*. La violencia estructural podría ser entendida como *un tipo de violencia indirecta presente en la injusticia social, y relacionada con otras circunstancias* que en definitiva hacen que muchas de las necesidades de la población no sean satisfechas cuando, con otros criterios de funcionamiento y organización, lo serían fácilmente.

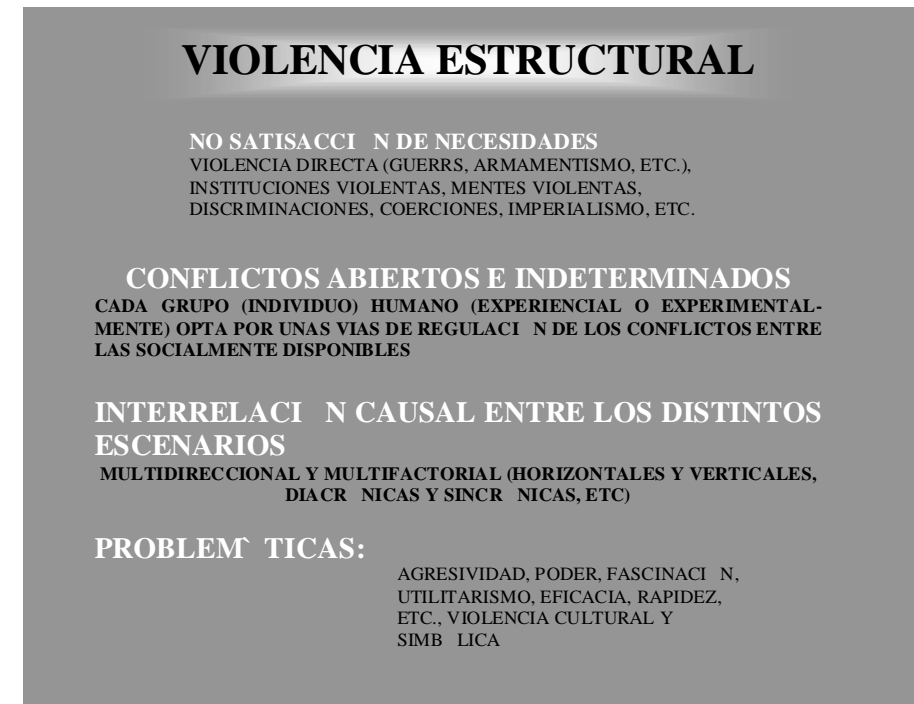


Fig. 33. *Violencia estructural*

El concepto de *violencia estructural* no sólo describe la violencia generada por los sistemas sino, lo que es aún más importante aunque pase relativamente desapercibido, también las posibles interacciones entre unos y otros espacios donde ésta se genera. De hecho esta cualidad de la violencia ha ido apareciendo conforme avanzaban las investigaciones, ya que al estudiar la guerra se vio cómo ésta estaba condicionada por las ambiciones de los políticos y los empresarios, también por los nacionalismos, las actitudes de los militares, de los soldados, etc. Igualmente se sabe que muchos de los violadores han sufrido maltratos sexuales o afectivos en su infancia, que el aprendizaje de las actitudes sociales se producen en el seno de la familia, etc. Así, es necesario preguntarse continuamente sobre las posibles relaciones, inducción, condicionantes y determinaciones de unos y otros escenarios de la violencia. [V. Fig. 33]

### 2.3. Una interpretación unitaria

Hasta cierto punto se podría decir que *cada línea potencial de la realización humana a través de la Paz tiene su correlato negativo en la violencia*, comenzando por la violencia directa que supone lesionar o acabar con la propia vida humana. [V. I. *La Paz*] El problema es si existe una dependencia entre la violencia personal o directa y la violencia estructural. La respuesta parece ser positiva, aunque en muchas ocasiones haya dificultades para encontrar la relación.

Como puede verse, *se ha ampliado considerablemente, más allá de las guerras, el campo de lo que se considera violencia*. Conforme ha ido progresando la *Investigación para la Paz* ha ido comprendiendo las relaciones que las propias guerras mantienen con otra serie de circunstancias violentas: intereses de los propios ejércitos, armamentismo, hegemonía de los estados, intereses de las multinacionales, control de los recursos económicos y control de la información.

Desde otro punto de vista, la mayoría de las acciones violentas encuentran su correlato en ideas y actitudes que las justifican y mantienen, como es el caso de la intolerancia racial, étnica y religiosa, que se halla en las raíces de muchos de los conflictos armados contemporáneos, junto con intereses económicos y políticos. Estas diversas formas de *violencia cultural* llegan a articular toda una *red de justificaciones y soportes de otras formas de violencia más directas y materiales*. En todas estas prácticas violentas siempre está presente una marginación de las víctimas de los centros de la toma de decisiones, sea en el ámbito familiar, grupal, estatal o internacional. La «ley de la fuerza» debe ser

sustituida por un ejercicio del poder realmente democrático en el que todos los grupos implicados participen en la adopción de las decisiones.

Cuando hoy se habla de *Norte y Sur* en cuanto distribución de la riqueza, lo que estamos haciendo es reconocer cómo las discriminaciones de los recursos disponibles en el planeta se hacen de tal manera que continuamente son los mismos grupos de población los que sufren el déficit de alimentos, hospitales, infraestructuras, cultura, etc., a lo que hay que unir la violencia directa y las guerras. Es decir las mismas poblaciones sufren diversas formas de la violencia. En el mismo sentido cuando hablamos de *feminización de la pobreza* lo que estamos describiendo es que por razones de «género» se produce una doble discriminación de la mujeres, la desigualdad social con respecto al varón y la pobreza. [V. III. *Una Paz femenina*]

Todo esto podríamos interpretarlo como *una tendencia creciente contemporánea al aumento de la violencia*, una tendencia que alcanzaría a todo el planeta y que comienza al menos desde el siglo XVIII, cuando el colonialismo europeo acentúa la «mundialización» que interacciona y discrimina las metrópolis con respecto a las periferias. Dicho de otra manera, desde la perspectiva de la *violencia estructural*, los enlaces e inducciones de los diversos escenarios de la violencia hacen que sus redes crezcan hasta límites insospechados. Se diría que todas las alarmas de la *Paz*, los derechos humanos, la justicia y la equidad están encendidas, aunque, huyendo de visiones apocalípticas, esta perspectiva debería ser complementada con los recursos disponibles para la creación de condiciones de *Paz*. [V. XVII.1. Problemas globales y Paz]

Sería un sin sentido que mientras, por un lado, admitimos las interacciones de la violencia, por otro no aspiráramos a hacer interpretaciones no fragmentadas de la misma. El concepto de *violencia estructural* nos advierte de estos peligros que nos llevarían a ver solamente las consecuencias y no el entramado sobre el que se apoya. Sin embargo, justamente la complejidad de la violencia nos imposibilita por el momento para tener una «teoría general de la violencia», al igual que no disponemos de una de los conflictos, o de la *Paz*. Hay demasiadas incógnitas sobre el comportamiento humano, como individuos, grupos y especie, como para disponer de teorías generales que proporcionen explicaciones válidas. No obstante, esto no nos debe impedir situar en este horizonte tal necesidad, para explicar cada vez mejor por qué se producen estos fenómenos y, en su caso, evitarlos. Hasta cierto punto las posibles interpretaciones pueden estar también relacionados con los modelos antropológicos y ontológicos que se elijan, es decir con los presupuestos explicativos

de la condición humana en la que están ancladas las formas de violencia. [V. XVII.4. La complejidad y los nuevos paradigmas emergentes]

Se puede pensar que la propia *Investigación para la Paz* no ha conseguido avanzar todo lo deseable en el camino de una comprensión más global de la violencia, a pesar de que la *violencia estructural* es un concepto con una fuerte capacidad analítica y explicativa.

Cuando se comienzan a utilizar conceptos tan relevantes como *violencia estructural*, *cultural* o *simbólica* se está resolviendo una parte de las anteriores problemáticas, pero en su presentación se hace mayor hincapié en su significación misma, como «superestructura» justificadora de las anteriores violencias, que en las interacciones ejercidas con las mismas. Es decir, como resultado final, no tenemos una sola matriz de la violencia sino que, ante todo, tenemos distintas instancias de la misma: personal, directa, estructural, cultural y simbólica.

Desde otra perspectiva, creemos que en la *Investigación de la Paz* se podría avanzar si se tuviesen en consideración las interacciones entre la *violencia estructural* y lo que hemos convenido en llamar *Paz imperfecta* (posibles interac-

ciones causales entre los ámbitos y estancias de *Paz*). Una parte considerable de las realidades históricas y sociales de los conflictos se podría explicar a partir de las distintas mediaciones e interrelaciones (diacrónicas y sincrónicas, etc.) entre la *Paz imperfecta* y la *Violencia estructural*. En realidad habría que hablar de una *Paz estructural imperfecta* y de una *violencia estructural imperfecta* en cuyo caso se comprenderían fácilmente las limitaciones de una y de otra y, a su vez, las posibilidades de complementariedad en sus intentos de explicar la realidad [V. Fig. 34].

Sin duda habría que ir a la matriz inicial, ver dónde se encuentran las necesidades y los conflictos desatados por la satisfacción de las mismas y estimar y mensurar cuántas situaciones de éstas se producen y qué salidas se dan en un sentido y otro. Esto es algo que en su totalidad es casi inabarcable, pero se puede trabajar en diversas escalas o ámbitos. Por ejemplo podríamos pensar en una clase de preescolar; en una familia; en un barrio; en la universidad; en las relaciones entre países; entre gobiernos; etc.. En primer lugar sería interesante reconocer en qué grados de «conflictividad» estamos inmersos, o hasta qué punto la regulación de los conflictos en los que estamos inmersos son preocupantes, o es previsible que nos creen distorsiones serias. Todo parece indicar que existe un alto grado de posibilidades de que así sea; no podía ser de otra forma, dada nuestra propia condición humana, ante la amplia gama de necesidades y satisfactores y el número de entidades humanas implicadas –seis mil millones– ante unos recursos limitados.

Discernir qué actos humanos son clasificables como violencia puede aparecer en muchas ocasiones como muy nítido y otras no tanto. En cualquier caso el proceso –siempre social– evaluativo siempre está jalonado por un sinfín de consideraciones tales como reconocimiento del conflicto, los intereses, las percepciones, las normas al respecto, las circunstancias que rodean la aparición del mismo y, sobre todas ellas, establecer en que medida potencian o frenan –en el caso de la violencia– la consecución del «bien» común. No es de extrañar que haya una profusa legislación y unas instancias judiciales que intervengan en muchas ocasiones al respecto. Aunque también sabemos que es el «sentido» común el que en la mayoría de los casos aconseja para resolver tales disquisiciones. [V. VI. *Qué son los conflictos*]

En el otro lado *un concepto claro de Paz nos ayudaría a discernir mejor la violencia*. Conflictos, *Paz* y violencia forman una trilogía indisoluble sobre la que basarnos para avanzar en uno y otro sentido; los tres conforman una matriz dentro de la cual «nacemos» y «vivimos» los humanos y de la que inexorable-

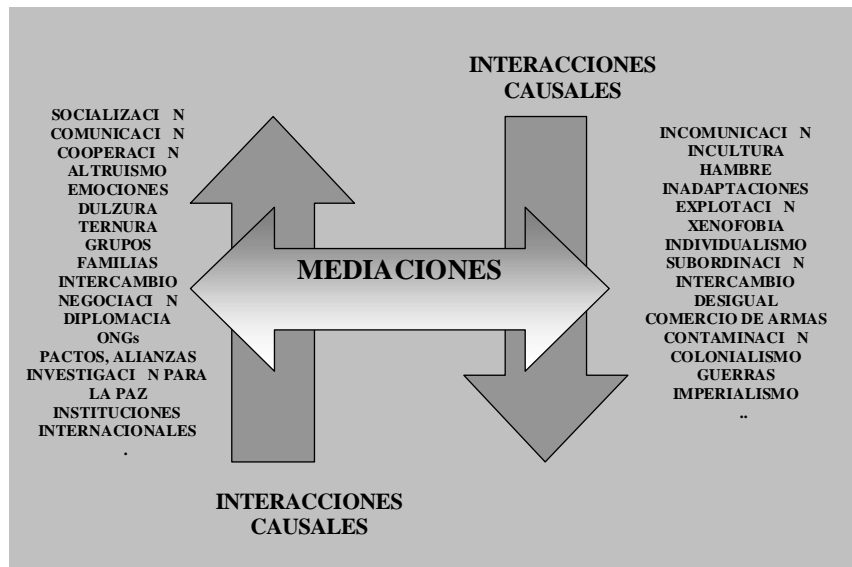


Fig. 34. *Paz imperfecta, Violencia estructural y Mediaciones*

mente no podemos escapar. Indiquemos finalmente que, a pesar del aumento y mayor visualización de la violencia, existe una ingente práctica e iniciativas pacíficas que conviven con los conflictos y la violencia –por lo que hemos optado por llamarla *imperfecta*–.

Cualquier interpretación sobre la violencia que pretenda tener un cierto grado de universalidad deberá tener presente cómo ésta se manifiesta, o no, en las diversas culturas, en las diversas maneras de ver e interpretar el mundo, siendo capaz de distinguir entre lo que son propuestas coyunturales y lo que son modelos antropológicos y ontológicos más universales. [V. IV. *Culturas, Religiones y Paz*]

Muchos interrogantes siguen siendo formulados sin encontrar respuestas adecuadas: ¿por qué nace la violencia? ¿por qué anida tan fácilmente en individuos, grupos y sociedades? ¿por qué pervive a pesar de utilizar todo tipo de antidotos? ¿de donde proviene su enorme capacidad de transfiguración? ... Todas ellas son preguntas que no tienen evidentemente fácil respuesta y que, por su complejidad, deben ser respondidas desde perspectivas inter y transdisciplinarias. [V. XVII. *Futuro, Seguridad y Paz*]

### 3. Globalización y violencia

Los procesos de interacción en los que de una u otra forma estamos implicados los humanos es algo que nadie discute, sin embargo a veces si aparece como si los términos que utilizamos para definir estos procesos (mundialización, globalización, sistemas mundo, etc.) pudieran matizar las significaciones de tales fenómenos. Aunque así fuera, parece que el termino *globalización*, independientemente de los matices de los contenidos que le estemos dando, adquiere cada vez mas adeptos. Y sin duda habremos de emplear cada vez mayores esfuerzos de comprensión para poder afrontar sus consecuencias. [V. XVI.3. Las agendas de la Paz en un mundo globalizado]

Por tanto la globalización no puede ser vista solamente como un proceso acumulativo, sumatorio de las tendencias a relacionar unas realidades con otras, tal como ha sucedido a lo largo de la historia. En el mundo contemporáneo tales tendencias sufren cambios cualitativos importantes que les hacen llegar a configuraciones nuevas en la medida en que interaccionan realidades, actores y agentes de diverso tipo a lo largo de todo el planeta. A pesar de los procesos coetáneos de regionalización, difícilmente alguien consigue escapar

de sus consecuencias (extensión de las redes, intensidad de las interconexiones, velocidad de los flujos globales, etc.). En efecto, son pocos los ámbitos que pueden escapar del avance del proceso de globalización. Se refleja en todos los dominios sociales desde lo económico a lo político, lo legal, lo militar y lo ambiental. La globalización es multifacética, no se puede concebir como una condición singular.

Otros cambios espacio temporales y organizacionales que se producen son: las tendencias globalizadoras en todos los aspectos de la vida social, cierta reflexividad; desarrollo de una conciencia global en las elites y también, contradictoriamente, popular; una regionalización (la desmembración de los imperios conlleva la regionalización de las relaciones económicas, políticas, militares...); occidentalización, o más adecuadamente noratlantismo, altamente asimétrico; diversidad de modalidades: crecimiento significativo de los modelos diferenciados de migración, cultural y ecológica, ...

Como consecuencias negativas –y sin ánimo de situarnos en el campo de la mera denuncia–, implícitas y manifiestas, de la globalización están el incremento de fenómenos de desigualdad, estratificación y jerarquía, lo cual genera nuevos modelos de inclusión y exclusión, de nuevos ganadores y perdedores. No se trata de hacer hincapié en los aspectos violentos de los procesos –hay otros espacios para ello– sino de trabajar con una «vacuna» para tales males, y mal haríamos si nuestro laboratorio estuviera siempre contaminado por el «virus» de la violencia.

Desde nuestro interés de la búsqueda y creación de espacios de *Paz* hay que darle la mayor importancia a las modificaciones que están sufriendo las propias estructuras del *poder*, ya que en la nueva situación muchas de sus acciones y cometidos entran en estrecho contacto, cuando no son subsumidas por los procesos de globalización y, en consecuencia, la extensión y el alcance espacial de sus redes y circuitos se modifican. Entre sus manifestaciones cabe resaltar la tendencia creciente a la interconexión del ejercicio del poder en el sistema global a través de las decisiones o interacciones de los agentes situados en cualquier parte del mundo, o en particular en un continente determinado, lo que puede tener consecuencias significativas para las naciones, comunidades y hogares de los otros espacios, o continentes. Y esta práctica se puede realizar guiada por intereses y criterios ajenos a las necesidades de los espacios a que afectan, o dicho de otra forma, no siempre se realiza con criterios democráticos, en los que participen en la toma de decisiones todos los agentes implicados. [V. XVI. *Agendas de la Paz*]

En consecuencia, la globalización implica la *estructuración y reestructuración de las relaciones de poder*; de hecho los procesos de extensión, expansión y, finalmente, concentración de sus relaciones de poder comporta que las estancias donde se ubica comiencen a estar paulatinamente más distantes de los sujetos y las escalas locales. Como resultado final, las élites de las mayores áreas metropolitanas del mundo tienden a tener un control cada vez mayor y más cerrado sobre las redes globales y cierta capacidad de gestión de las mismas.

### *Bibliografía recomendada*

- ACNUR (2000) *La situación de los refugiados en el mundo*, Barcelona.
- AGUIRRE, Mariano, BRUHN, Cecilia (2002) *Guerra y olvido: los conflictos armados y los Estados frágiles en África subsahariana*. IntermónOxfam.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL (2003) *Informe*
- CENTRO DE INVESTIGACIONES PARA LA PAZ (2003) *Anuario CIP 2001 Tiempos difíciles. Guerra y poder en el sistema internacional*, Madrid.
- GALTUNG, Johan (1995) *Investigaciones teóricas: sociedad y cultura contemporáneas*. Madrid.
- PNUD (2001) *Informe desarrollo humano*.
- SANMARTÍN, José (2002) *La mente de los violentos*, Madrid.
- TORTOSA, Jose María (2000) *El juego global: pobreza, desarrollo y prospectiva*, Barcelona.
- STORR, Anthony (1972) *Sobre la violencia*, Barcelona.



## 11

# *Ciencia, tecnología y militarismo*

Rosa M.<sup>a</sup> Medina Doménech

F. Javier Rodríguez Alcázar

1. El proceso histórico de vinculación de la ciencia y la tecnología al ejército;
2. La magnitud de la Investigación y Desarrollo (I+D) militar en el mundo contemporáneo;
3. La I+D militar en España;
4. Implicaciones de la I+D militar en la investigación tecnocientífica universitaria;
5. Carrera de armamentos y seguridad humana;
6. El debate sobre las consecuencias económicas de la I+D militar.